

GONZÁLEZ GERALDO, J. L. (2014) *Hacia una universidad más humana. ¿Es superior la educación superior?* Madrid, Editorial Biblioteca Nueva

Cuando la universidad se enfrenta a momentos convulsos, aparece esta publicación que pone en cuestión tanto el modelo formal que proponen los responsables políticos de la educación en nuestro país, como los principios y objetivos en que se sustentan estos modelos, realizando un análisis crítico sobre el papel de la educación superior en el contexto de «la sociedad del conocimiento». A lo largo de seis capítulos, el autor defiende una revisión de los objetivos de la educación universitaria y una propuesta sobre el rol que deberían desarrollar los profesores universitarios.

La primera parte del libro presenta algunos hitos que han ido configurando la universidad europea hasta el establecimiento del Espacio Europeo de Educación Superior (EEES); critica la seña de identidad que dicho modelo supone: un pragmatismo utilitarista, fuertemente involucrado en una rendición de cuentas en términos de logros formativos, olvidando el carácter cultural y humano de la educación universitaria. A juicio del autor, la búsqueda de

excelencia, indicada en el EEES como el aprendizaje basado en competencias, no da respuesta a la construcción de una educación superior en que pudieran confluír mano, cabeza y corazón (pp. 51-52). A esta crítica se suma la mención a la ambigüedad que conlleva la propia definición de las competencias (p. 64).

Para el autor, las competencias del EEES son sólo una señal en el horizonte, queda por establecer el rumbo a seguir para alcanzarlas, y es en eso en lo que la universidad está errando al sobrelorar resultados medibles y omitiendo el hecho de que educamos personas. Para él, la docencia universitaria debe inducir procesos en que profesores y estudiantes acepten compartir y acceder al conocimiento como fundamento de felicidad (y no la búsqueda y consecución de un producto en términos de logro de objetivos). Defiende un profesor universitario con espíritu de artista, que haga converger principios docentes del EEES, con la construcción de espacios de aprendizaje en que la felicidad constituya aspiración legítima de los participantes en el proceso.

Este *desiderátum* se enfrenta a la realidad educativa inducida por las Tecnologías de la Información y Comunicación que hacen posible la sustitución de ideas por información; una información que esconde, entre afirmaciones acumuladas, el riesgo de la manipulación. Frente a esto, el autor propone una educación que promueva estudiantes facultados para gestionar la información con juicio crítico y capacidad de decisión, a fin de transformarla en conocimiento y, más aún, en sabiduría.

Este nuevo elemento en el discurso (sabiduría) avanza el cierre de la primera parte del libro. Una sabiduría fuertemente asociada a capacidades genuinamente humanas («saber estar» y «saber ser») en el uso del «saber» y el «saber hacer». Esta sabiduría se perfila como la capacidad para comprender el conocimiento, que se aprende y enseña, y la preparación crítica que fundamenta la emancipación y la libertad.

El autor propone, desde lo que caracteriza como *postmodernismo*, el valor de enseñar y aprender a hacer buenas preguntas en lugar de suministrar y adquirir respuestas. Su visión, sin embargo, niega el valor del «todo vale». Suscribir el postmodernismo es un recurso para proponer la destrucción de lo que ya ha quedado obsoleto, y construir un nuevo modelo que no sea un mero remiendo de lo viejo actualizado: si el EEES hizo posible *repensar* la universidad, lo que nos propone es «pensar de nuevo» la universidad para impulsar una educación orientada hacia la sabiduría (p. 100).

La segunda parte del libro desarrolla cómo *pensar de nuevo* la universidad. Plantea la necesidad de romper con los ideales individualistas para aceptar el ideal de la comunidad extensa: la humanidad. Romper con los incentivos y motivaciones externas que favorecen logros individuales, para respaldar aprendizajes y desarrollos intelectuales que eduquen para la humanidad. Así, *pensar de nuevo* sobre educación y equidad e ideal humano adquiere sentido dentro de un discurso en el que se persigue ir más allá de la formación de ciudadanos responsables y comprometidos con los valores imperantes en

su sociedad; el objetivo es educar para que las personas adquieran conciencia de su vínculo con la humanidad, una humanidad que se predica en el contexto del *Ideal de la Humanidad 2.0* (p. 131).

Desde esta propuesta, retoma la educación superior defendiendo su cometido como el espacio de acceso al conocimiento que permite el desarrollo de la sabiduría, *pensando de nuevo* sobre la importancia del desarrollo moral de las personas y del ideal humano. Propone que la educación debe guiarse por ideales en los que las diversidades se incorporen a un modelo (no «una» axiología) capaz de integrar sentimientos, aspiraciones, deseos e inquietudes (p. 143), constituyendo un sistema coherente con el ideal de humanidad. En resumen: la educación superior debe sacar lo mejor de cada estudiante y hacer comprender que el éxito de cada estudiante es tal en la medida en que incremente el éxito del resto de las personas (p. 144).

Con ello, el autor afronta su último reto: cuál es el papel del docente en este contexto. Defiende revalorizar al docente comprometido con la educación integral de las personas a las que enseña, y que domina el conocimiento para mediar en el proceso de desarrollo de la sabiduría de sus alumnos. Esto exige que se equilibre la relevancia entre docencia e investigación mejorando la ciencia pedagógica que sustenta la docencia (p. 149).

Esta propuesta conlleva una crítica feroz hacia los informes que persiguen generar *rankings* de las universidades mirando sólo hacia la producción en investigación representada por cuánto

y dónde se publica. Para el autor, perseguir cotas de excelencia en esos *rankings* es participar en una carrera sin sentido que olvida el porqué y para qué de las propias universidades:

Aprender a ser más humanos empieza por el compromiso del profesorado y termina con el del estudiante. Esto hará superior a una educación que en ocasiones queda rebajada a mera instrucción. Cualquier profesional, ante todo, es ser humano. De ahí que el compromiso docente sólo pueda tener sentido cuando se supedita al compromiso que antes tenemos con la propia humanidad (p. 161).

Clara Barroso